

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

FOTOGRAFÍA E HISTORIA. LAS REPRESENTACIONES DE LA LOCURA EN LOS REGISTROS DE LA COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS DE OPEN DOOR, 1901-1930.

Dedier Norberto MARQUIEGUI.

Cita:

Dedier Norberto MARQUIEGUI (2015). *FOTOGRAFÍA E HISTORIA. LAS REPRESENTACIONES DE LA LOCURA EN LOS REGISTROS DE LA COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS DE OPEN DOOR, 1901-1930. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/438>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

FOTOGRAFÍA E HISTORIA. LAS REPRESENTACIONES DE LA LOCURA EN LOS REGISTROS DE LA COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS, 1901-1930.

Dedier Norberto MARQUIEGUI*

Resumen.

La fotografía estuvo relacionada a la historia de las instituciones neuro-psiquiátricas desde sus mismos comienzos, como modalidad de registro y control de los pacientes internos. Inversamente, su disponibilidad y existencia hoy, nos permite conocer las funciones explícitas e implícitas de esos institutos, rastreando las ideas y los motivos que están de su implementación de esta práctica. El presente trabajo pretende develar esas y otras aristas desde los repertorios documentales, en particular fotográficos, de la Colonia Nacional de Alienados de Open Door, como demostración quizá de los potenciales usos que se puede dar a esas imágenes.

Palabras Claves.

LOCURA / FOTOGRAFÍA / COLONIA DE ALIENADOS/ FUNCIONES.

Palabras preliminares.

El uso de la fotografía como documento estuvo habilitado para los historiadores desde los propios comienzos de esa forma de representación. De la misma manera, la utilización de esta clase de dispositivos, como parte de los sistemas de ingreso y control de la población de pacientes internos en hospitales neuro-psiquiátricos, es un mecanismo habitual del que se valen esta clase de instituciones desde sus orígenes en Argentina. Sin embargo, el solo hecho de su disponibilidad no significó su inmediata traducción en una cierta saga de estudios que den cuenta de toda la potencialidad encubierta en esta clase de testimonios. Ya Marc Ferro había dejado sentado que una imagen es información, lo mismo que una palabra, que un texto escrito, que un discurso...¹. Nada distinto sostiene Peter Burke, aunque también afirma que son pocos los historiadores que consultan archivos fotográficos, comparados con los muchos que trabajan en los depósitos de impresos o de

* Investigador de Carrera de Conicet- Universidad Nacional de Luján (UNLu). Email: dedier@coopenetlujan.com.ar

¹ Marc Ferro, “¿A quién le pertenecen las imágenes?” en http://www.istor.cide.edu/archivos/num_20/dossier3.pdf, p. 50.

documentos manuscritos². Este mismo autor nos alerta, sin embargo, contra la cándida tentación a considerar a este tipo de imágenes como representaciones exactas, objetivas, verdaderos espejos de las escenas de la vida cotidiana o de las personas que en un momento dado su lente capta. Porque, nos previene, se trata en todos los casos de una convención, concertada, que muestra siempre su mejor cara o la buscada cuando se trata de retratos individuales, de revelar un drama (“La muerte de un soldado” de Robert Capra) o de hacer patente la distancia social, tal como prueban las fotos etnográficas donde la presencia “civilizada” del antropólogo contrasta con la “primitiva” de los aborígenes que son su objeto de estudio³. Son productos intencionados, que nos debieran decir más sobre los propósitos de quienes las construyen, que sobre los hechos que intentan encarnar. De ahí, dada “la invisibilidad de lo visible”, su consejo es tratar a las fotografías como “vestigios” de algo que no está presente⁴. No obstante, ese cúmulo de referencias críticas, no siempre deriva en una reflexión que permita quebrar la demasiado porfiada convicción que las fotografías son reproducciones exactas de la realidad⁵. Por eso mismo, salvo honrosas excepciones, quizá todavía prevalezcan en la Argentina los acercamientos estéticos, que enfatizan su carácter artístico y se preguntan por los soportes materiales de las imágenes; o que recorren su historia (sin tener demasiado en cuenta que no es lo mismo hacer historia de la fotografía que pensarla históricamente)⁶. La mayoría de las veces sin plantear el problema de sus usos sociales, sin pensarlas como construcciones, sin leer entrelíneas y sin considerar el contexto socio-cultural en que esas imágenes han sido producidas.

Es en ese marco que en esta ponencia procuramos estudiar las formas cómo los pacientes, y en particular los inmigrantes internos que eran amplia mayoría, eran representados en los institutos de salud mental, sobre todo a partir de los repertorios fotográficos incursos en las Historias Cínicas de la Colonia Nacional de Alienados, en lo posible realizando un

² **Peter Burke**, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Cultura Libre, 2005.

³ El ejemplo más palpable sigue siendo la de **Bronislaw Malinowski**, *Los argonautas del Pacífico occidental*, Barcelona, Planeta Agostini, 1986-

⁴ **Ginzburg, Carlo**, “*Vestigios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciarias*” en, de ese autor, *Tentativas*, Rosario, Prohistoria, 2004.

⁵ **Kossoy, Boris**, *Fotografía e historia*, Bs. As, La Marca, 2001.

⁶ **Abel Alexander**, *La fotografía en la historia argentina*, 4 Tomos. Bs. As, Clarín, 2005; **Sara Facio** *La fotografía en la Argentina. Desde 1840 a nuestros días*, Bs As, La Azotea, 2009; **Valeria González**, *La fotografía en la Argentina, 1840-2010*, Bs. As, 2014, Ediciones Arte por Arte, 2014.

análisis iconográfico de las mismas y discriminando las matrices intelectuales que estaban detrás de esa práctica. Un ejercicio que esperamos poder concretar en diálogo con toda la amplia gama de documentos producidos en ella, como los Testimonios Mentales de pacientes, la Anamnesia o Informe Psicológico y el Boletín Civil de los internos, pero sobre todo los álbumes institucionales, con imágenes del devenir cotidiano de la Colonia y los voluminosos libros de reproducciones individuales de los internos que se resguardan, y que nos devuelven la imagen de personas privadas de sus derechos sobre su propia imagen, cosificadas y transformadas en objetos de estudio para el uso de otros.

La Colonia Nacional de Alienados entre los ideales y el peso de la realidad.

La Colonia Nacional de Alienados, creada por Ley de octubre de 1897 e inaugurada, con la colocación de la piedra fundamental, el 12 de mayo de 1899, en un acto al que asistió el Presidente Julio A. Roca, comenzó a funcionar recién en 1901 con el ingreso de sus primeros 11 pacientes, todos ellos procedentes del Hospicio de las Mercedes. En adelante, esos números se incrementarán llevando el total de internos de 108 a fines de ese año, a 241 en 1902 y a 390 en 1903, para ubicarse en alrededor de 1250 para 1920. Mientras tanto, se completaba el proceso de adquisición de un predio de más de 600 hectáreas en el partido de Luján, al norte de la localidad homónima, comenzándose a construir en ellas los pabellones de estilo suizo francés, mediante la utilización de mano de obra contratada y la de los propios internos de la Colonia. La Comisión Honoraria que la administraba, bajo la Dirección de Domingo Cabred, la organizó en dos sectores. Por un lado, el Asilo Central, para enfermos agudos o crónicos que requerían de Vigilancia, nombre con el que pasó a conocerse esa dependencia. Mientras que atrás, se encontraban los pabellones para alojar a los internos y el espacio donde trabajaban para rehabilitarse en labores agrícolas, en la granja, los lavaderos y en los talleres artesanales, tan variados que es inútil tratar de enumerarlos ahora⁷. La idea detrás de la institución es la contraponer el valor terapéutico del trabajo y la vida en el campo como sinónimos de salud, por oposición a la “enfermedad” instalada en las ciudades, particularmente en las más grandes, receptoras de inmigrantes, que enloquecían al llegar a esa “Sodoma del Plata” que era Buenos Aires.

⁷ **Vezzetti, Hugo**, “Domingo Cabred y el asilo de puertas abiertas” en *Vertex. Revista argentina de Psiquiatría*, vol 2, n° 3, marzo-abril y mayo de 1991.

Pero por otro lado, la Colonia Nacional de Alienados era presentada como el signo de la instalación en el país de la “modernidad médica”, a la vez que el punto de llegada de un largo proceso. Largo derrotero representado por el pasaje de la custodia de los locos de un régimen carcelario, al que eran confinados por desconocimiento conviviendo con asesinos y criminales⁸, cuando no eran trasladados a los hospitales generales donde se hacían ignorados por los médicos, para pasar luego a los asilos, por cierto los primeros establecimientos especializados pero donde permanecían encerrados; para finalmente arribar, como meta final de todo ese proceso, a las colonias rurales de puertas abiertas; de las que “Open Door”, como su nombre lo indica, era su primer y más logrado ejemplo. El lugar donde los representantes de la comunidad alienista, en conocimiento de los últimos adelantos científicos, plasmaron sus ideales civilizatorios, reconociendo a la locura como enfermedad y a sus portadores como ciudadanos poseedores de derechos a ser diagnosticados y tratados para curarse, para finalmente recuperar “su libertad” como tales.

En qué medida el movimiento alienista, y el higienista que lo precedió en el tiempo, eran solamente campos de saberes especializados, encargados de por primera vez dar respuesta científicamente fundada y humanitaria al problema de la locura en la Argentina, es una concepción que merece ser revisada. Para Hugo Vezzetti, no hay dudas que “*la naciente corporación médica se asume, más allá de su tarea específica, como un factor esencial de la civilización y el progreso, y por ese sesgo propugna un sobre- investimento político de su papel técnico*”⁹. Es decir que, para entender las razones que los llevaron a crear Colonias como ésta, es necesario ir más allá de los conocimientos producidos en materia psiquiátrica, abarcando otras dimensiones, como el proceso de formación del Estado Nacional; yuxtaponiéndose los sectores profesional y político en la misión de armonizar la modernización y la expansión económica con el control de una población creciente, alimentada por las migraciones¹⁰. La idea estaba en el centro de las preocupaciones de higienistas como Guillermo Rawson, Emilio Coni, Eduardo Wilde, José María Ramos Mejía, Telémaco Susini, José Ingenieros o sus colegas alienistas Lucio Meléndez y

⁸ **Ingenieros, José**, *La locura en Argentina*, Bs. As, Elmer editor, 1987

⁹ **Vezzetti, Hugo**, *Historia de la locura en Argentina*, Bs. As, Paidós, 1985, pp. 24-25.

¹⁰ **Ramos Mejía José María**, *Las multitudes argentinas*, Bs As, 1956; **Clementi, Hebe**, *El miedo a la inmigración*, Bs. As, Leviatán, 1984. Ablard, Jonathan, *Maddnes in Buenos Aires. Patients, Psyciatrists and the Argentina States, 1880-1983*, Canadá, Universidad de Calgary Press, 2008

Domingo Cabred y hasta del joven criminalista, Comisario de Pesquisas José D. Álvarez (Fray Mocho). Es que, hombres de su tiempo al fin y muy bien relacionados con las clases dirigentes, no podían dejar de alarmarse por las manifestaciones no deseadas de esa tan necesaria oleada migratoria, alguna vez llamada a superar las rémoras del bárbaro poblador del campo argentino, pero que con el tiempo comenzó a revelar ella misma sus límites. Manifestación postrer de un nuevo tipo de barbarie, ahora urbana, que era preciso erradicar para dar continuidad al progreso de la nación enferma. Con ese fin, no dudaron en combinar diversidad de matrices intelectuales derivadas del positivismo, entre ellas una concepción organicista de la sociedad que la entendía como un cuerpo que había que curar. Una misión que, siguiendo la metáfora, competía a todos en conjunto, a políticos, estadistas y profesionales médicos, encargados de establecer una adecuada etiología de los males que enfrentaban, usando las insinuaciones provistas desde el positivismo, pasando por el darwinismo, la medicina legal y hasta una criminología lombrosiana, presente en las caracterizaciones antropomórficas de las Historia Clínicas y en las fotos de internos que las presidían. Sin pasar por alto la influencia de una psiquiatría, obsesionada por el influjo de la degeneración hereditaria y una medicina higienista, que identificaba a la locura con los “vicios de la pobreza”. Curiosa superposición de planos en que no es difícil reconocer la búsqueda de establecer mecanismos de control sobre esa humanidad dispersa, que se entendía potencialmente peligrosa. En una clase de pensamiento que, en términos de H. Vezzetti, demuestra la funcionalidad de los criterios médico filantrópicos que combinan la renovación doctrinaria y las novedades técnicas de la medicina con las necesidades de afirmación del naciente Estado. Un Estado que, bien lejos de la prescindencia que habitualmente se le atribuye¹¹, se hizo presente proveyendo los espacios y ámbitos de realización de esos proyectos que solucionarían, o al menos disminuirían la visibilidad, de los males que lo afectaban. Inesperados problemas para las clases política como los inherentes a esa inmigración, que entusiastamente habían promovido, sin prever que su incontrolado crecimiento, los ciclos de la economía agraria, la tendencia a concentrarse en las ciudades y la naciente industrialización que era su consecuencia, complicarían la situación social hasta márgenes impensados.

¹¹ **Zimmerman, Eduardo**, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Bs. As, Sudamericana, 1995.

Por otra parte, llegados a este punto, conviene aclarar que “locura” es un término polisémico y que está lejos de tener un significado único. Antes bien, la condena de “ser loco” no recayó siempre sobre las mismas personas porque, si para la Iglesia de la Contrarreforma, “locos” eran los pecadores irredentos, los incapaces de aceptar los dogmas de la fe o que lo hacían de manera heterodoxa, a los que se consideraba objetos de posesión diabólica que se encarnaban en brujas y herejes, no pocas veces “purificados” en el fuego de las hogueras inquisitoriales. En cambio “locos”, para los organismos civiles de otras épocas, eran aquellos se ponían fuera de la sociedad, que no respetaban la autoridad ni las leyes, los que no fijaban residencia, los vagabundos, los mendigos, los inválidos o todo aquel que fuera inepto para el trabajo. Mientras que, llegados los tiempos de “Las Luces”, para sus ilustrados prosélitos “loco” era aquel que tenía una conducta irracional, infantil, ignorante o los proclives a prácticas religiosas. Y “locos” siempre eran los rivales políticos, en particular si hacían uso de la violencia¹². Cabe recordar además, que la decisión de la internación recaía en última instancia sobre los parientes cercanos al afectado, que usaban esa calificación como una forma de deshacerse de los miembros que eran una carga para las economías familiares, recluyéndolos o abandonándolos en las calles, de donde los levantaba policía llevándolos a las cárceles y los asilos.

En otras palabras, desnaturalizado ya el concepto de locura, se nos revela su carácter instrumental, adaptado a las necesidades de cada época. No podrá extrañar entonces si, en la cosmopolita Buenos Aires de fines del siglo XIX, el director del Hospital de las Mercedes, el primer asilo urbano para hombres, Lucio Meléndez, elaboró la categoría del “loco inmigrante”. Para él, los extranjeros enloquecían más fácilmente que los nativos como conducta reactiva ante el fracaso y lo probaba mediante una ecuación matemática: si los inmigrantes europeos eran la mitad de la población de la ciudad pero el setenta cinco por ciento de los internos de las Mercedes, la conclusión era evidente. Lejos de conformarse con esa comprobación inicial, y para fundamentar más sólidamente su teoría, trató de ilustrar publicando una serie de casos desde las páginas de la *Revista Médico Quirúrgica*, que le permitieron, desde un punto de vista observacional y sociológico,

¹². Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

distinguir varios subtipos entre los que se contaban las “obsesiones religiosas” de los irlandeses, por oposición a la “locura sifilítica” de los franceses y a la violencia de los temperamentos sanguíneos y robustos de españoles e italianos en una clase de descripción que se asemejaba mucho a la realizada desde la literatura costumbrista, o que eran parodiadas en el circo criollo y el sainete¹³. Pero cuidado, advierte, más allá de los personajes, no es ésta una cuestión que pueda ser tomada a la ligera, porque es un problema que compromete el futuro no sólo del sistema de salud si no el de la sociedad argentina toda, por el peligro de la degeneración colectiva hereditaria. Nada originalmente además, para L. Meléndez, , la figura del “*loco inmigrante*” se superponía necesariamente con la del “*loco miserable*”, porque era normal en todos ellos asociar pobreza, locura y delito. La “Cruzada” de L. Meléndez, por lo demás, no lo era solamente suya sino compartida por los más destacados profesionales de su generación, entre ellos Domingo Cabred, su continuador en la cátedra de Psiquiatría Clínica y Patología Mental de la Universidad de Buenos Aires y en la dirección del Hospicio de las Mercedes. Y en donde Meléndez comenzó a ensayar usando la laborterapia como método de recuperación, proponiendo sin suerte la creación de colonias rurales como el ámbito ideal de implementación de esas prácticas, de paso descongestionando su atiborrado establecimiento

Esos antecedentes, prepararon el terreno para el proyecto de D. Cabred, perfeccionado además por su experiencia europea, que le sirvió de aval a sus propuestas. Fue en esa ocasión cuando, en contacto con los profesionales del “*no restraint*”(sin contención) adhirió fervorosamente a sus postulados, particularmente a los del método “Open Door” que iniciado en el siglo XIX por el Dr. Conolly y una serie de médicos escoceses, iba ganando terreno aceleradamente. Su adhesión, sin embargo, no lo era sólo teórica sino también y fundamentalmente práctica. En 1889 visitaba el asilo de Alt Scherbitz, en Alemania, donde pudo ver los principios en funcionamiento quedando vivamente impresionado. En 1994, al presentar un informe ante la Asistencia Pública de la Capital, se entusiasmaba recordando “*El conocimiento de los resultados favorables, obtenidos en el sentido de la curación de alienados cónicos y aún de muchos que se consideraban*

¹³ **Onega, Gladys**, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1982.

*incurables... nos lleva a aconsejar como más conveniente el sistema de asilos colonias agrícolas adoptado en Escocia y en Alemania”*¹⁴

Pero no fueron solamente las virtudes terapéuticas del método las que le valieron el apoyo de la clase política, que había desoído a L. Meléndez. En primer lugar, y principalmente, habían cambiado radicalmente las circunstancias, con la masificación de los flujos migratorios de fines del siglo XIX, la urbanización acelerada, la agudización de conflicto social y la mayor visibilidad de la mendicidad y el delito, lo que hacía más urgente y atractivo su proyecto. En segundo término, como hemos visto, D. Cabred tuvo la habilidad de dejar claro, para una Argentina que salía de la crisis de 1890, que la suya era una propuesta realista y que no grabaría pesadamente las finanzas del Estado. Entre otras cosas solucionando muchos gastos de instalación, al obtener la promesa del gobernador G. Udaondo de donar el terrenos en el ejido de cualquier partido donde pudiera trasladar a los enfermos, acentuando su carácter de autosostenido porque los gastos de construcción y mantenimiento de los edificios se pagarían en parte con el producto del trabajo de los internos, aparte de capacitarlos como mano de obra con miras a su reinserción en la sociedad y la economía. Y eso amén que el instituto se sostendría con el producto de las ventas de las materias obtenidas en su campo y sus talleres.

Es ese mismo carácter, esa funcionalidad, la que aparece remarcada por Moisés Malamud, su secretario privado, para quien “*Cabred comprendió que el problema de la atención médica de los enfermos crónicos y personas incapacitadas debía ser resuelto racionalmente, con espíritu humanista y **sentido nacional**”*¹⁵. ¿Qué quiere decir, en este contexto, “sentido nacional”? ¿Acaso que las decisiones de internación se tomaban no solo en base de criterios médicos, sino de acurdo a los intereses de un Estado por demás interesado en minimizar invisibilizando las tensiones surgidas como consecuencia de la inmigración, la urbanización y la agudización del conflicto social?. Creemos que poder contestar que sí. Porque con paso del tiempo hasta el mismo discurso de D. Cabred se fue haciendo más conservador. Para entonces, el alguna vez representante argentino en el *Congreso Internacional de Medicina* de París, había vuelto a Europa, esta vez para participar del *Congreso Nacional de Antropología Criminal* realizado en 1896 en Ginebra.

¹⁴ **Malamud, Moisés**, *Domingo Cabred. Crónica de una vida consagrada a luchar por la atención médico-social de los Argentinos*. Bs. As, Ministerio de Cultura y Educación, 1972, p. 27.

¹⁵ *Idem.*, p. 11.

Sabemos del espíritu de su intervención, a favor de la internación de los locos criminales en asilos y no en institutos penales, pero no sabemos las impresiones que las deliberaciones de esas jornadas, tan a tono con las preocupaciones de su tiempo, pudieron dejar en su espíritu. Por lo pronto, sancionada ese mismo año la ley de creación de la Colonia Nacional de Alienados y en el acto de colocación de la piedra fundamental del establecimiento en 1899, D Cabred morigeró los alcances del método “Open Door” al definirlo como *“el conjunto de disposiciones materiales y de orden interno que tienden, todos, a dar al establecimiento el aspecto de un pueblo, a proporcionar a sus moradores la mayor suma de libertad, compatible con su locura, y a hacer del trabajo uno de los elementos más importantes del tratamiento moral de los internos”*¹⁶. La mayor libertad compatible con su locura no es, lo mismo que la curación y el regreso a la libertad antes comprometida. Su mérito, en todo caso, fue el de inaugurar una moderna terapéutica de la locura acorde a las necesidades de los tiempos, sacando a los “locos” de las cárceles, aunque se trataba ahora de una “libertad” entendida como promesa, como producto del proceso de reeducación que a través del trabajo tendría su espacio de realización en la Colonia. En el mejor de los casos, habría que reconocer que tuvo la habilidad de conjugar dos principios ideales, la libertad como esperanza y el trabajo como terapia, con un tercer argumento, su carácter rural, que fines del siglo XIX e inicios del XX. no podía dejar de resultar atractivo para una clase dirigente agobiada por las manifestaciones de la crisis social, del delito y los desórdenes urbanos. La pregunta es, si es que estamos hablando de un resorte de seguridad, ¿cómo eran representados los internos en los registros de la Colonia?. A responder estas preguntas estarán dirigidas las próximas páginas..

El fantasma de C. Lombroso entre locos y delincuentes.

La fotografía ocupó desde siempre un papel central en la identificación de los pacientes de los manicomios, llegándose incluso a usar antes de ella daguerrotipos para retratar los “casos célebres“. Sin embargo, fue el proceso de democratización de la imagen, cuando al oneroso daguerrotipo –una copia única sobre soporte metálico encriptado en cristal- solo

¹⁶ Cabred, Domingo (1899), “Discurso inaugural de la colonia nacional de Alienados “ en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Bs. As, vol. 1, n° 3, 610-11-.

accesible para los más pudientes¹⁷, sucedió el sistema de impresión en papel negativo-positivo, que habilitaba las reproducciones en serie a menor costo generando las bases para otros usos, más allá del doméstico que sería su espacio privilegiado, como los vinculados al ejercicio de prácticas de control social por parte del estado¹⁸.

En realidad, esta situación no era completamente nueva pues, desde fines del siglo XVIII, frenología, craneología y fisiognomía buscaban en diferentes partes del cuerpo humano y sobre todo en la cabeza, los signos externos de los rasgos psíquicos y morales que delatan la presencia de enfermos y delincuentes. Aunque será recién pasada la mitad de la centuria siguiente cuando, con Cesare Lombroso, esa búsqueda alcanzó el grado de precisión del que antes carecía. Esto significa que la utilización de la fotografía en los manicomios, por lo menos en la Argentina, aunque también debió suceder en otras partes, lejos de fundamentarse en razones de orden psiquiátrico, encontró sus ideas e instrumentos en la criminología como disciplina científica, sobre todo la de raíz lombrosiana.

Como es sabido, por entonces el médico italiano, influido sobre todo por ideas darwinianas, propuso una técnica de reconocimiento basada en el hallazgo de características craneales o faciales repetitivas, que le permitieron distinguir en ellos la “naturaleza” y los “tipos” que definen la presencia del “criminal nato”. Su teoría, que se le reveló en 1870 “como un destello de inspiración” al observar el cráneo de un criminal muerto, contaba con la ventaja de simplificar ese ejercicio de identificación al desligarse de las complejidades de las aproximaciones clásicas, que consideraban al delito una definición jurídica, abstracta, desconectada de quien lo protagonice, afirmando el libre albedrío de unas personas, por lo tanto punibles sólo si transgredían las leyes, mientras que para el positivismo criminológico lombrosiano el delito se trataba de un hecho real, empírico, observable, que se encarnaba en la figura del “delincuente nato”, un ser atávico, primitivo, condicionados por factores hereditarios. Para él no hay delitos aislados de su personificación, los delincuentes. En su concepto, “la conducta del hombre se halla sometida a la ley de la causalidad, como los demás fenómenos naturales”, siendo que los

¹⁷ **Adelman, Jerermy, Cuarterolo, Miguel Ángel, Priamo, Luis y otros**, *Los años del daguerrotipo. Primeras fotografías argentinas, 1843-1870*, Bs. As, Fundación Antorchas, 1995.

¹⁸ **Tell, Verónica**, “Sitios de cruce: lo público y lo privado en imágenes y colecciones fotográficas de fines del siglo XIX” en **Baldasarre, María Isabel y Dolinko, Silvia** (eds.), *Itinerarios de la imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina*. Bs As, Archivos del CAIA 4, 2012.

comportamientos patológicos se encuentran grabados en precisos rasgos fisonómicos pasibles de ser inventariados, pero asimismo divisibles en una variedad de subtipos criminales definidos por estigmas físicos diferentes.

Por eso, los elementos componentes de ese prime retrato –el del “delincuente nato”- se desgranar en una serie de características reconocibles, propias del hombre atávico, una regresión a estadios primitivos de la humanidad; un "salto atrás hereditario", que puede descubrirse fácilmente en una frente baja y huidiza, un gran desarrollo de los arcos superciliares y de los pómulos, las orejas en asa, el tubérculo de Darwin, gran pilosidad y otras asimetrías craneales. Pero además, a esos estigmas físico- somáticos, agregó otros funcionales, de naturaleza social y moral, como su analgesia (insensibilidad al dolor), agudeza visual, agilidad, insensibilidad afectiva, falta de remordimiento, cinismo, impulsividad, crueldad, ociosidad y reincidencia. A partir de ese esbozo inicial surgen otras subespecies, como el “delincuente moral”, verdadero idiota incapaz de comprender o interiorizar normas de convivencia, corpulento, analgésico y alcohólico, con marcada incapacidad para la vida en familia. Al igual que el delincuente nato, el moral suele serlo desde la infancia o pubertad, encontrándose antecedentes criminales entre sus parientes. Entre otros arquetipos que distingue - el delincuente pasional, el epiléptico- de particular interés para nosotros es el “loco delincuente”, que subdivide en el alcohólico, el histérico y el mattoide¹⁹. Diferenciaba Lombroso el delincuente loco (que ha cometido un delito con plena responsabilidad y enloquece luego) del loco delincuente (enfermos mentales que delinquen sin tener capacidad de entender lo que hicieron). Para estos prescribe su traslado a manicomios, desaconsejando su permanencia en las cárceles.

En definitiva, el suyo era un esquema sencillo, obviamente caído en descrédito en la actualidad, determinista, práctico, empírico y que por eso mismo tenía la ventaja de su inmediata aplicabilidad facilitando la identificación visual de locos y delincuentes²⁰. Claro que, al aporte fundamental del positivismo criminológico italiano –que es C. Lombroso pero también Enrico Ferri y Raffaele Garófalo- se sumaron después otros fundamentales para la consolidación de la criminología como disciplina científica, entre ellos los de la Escuela francesa, en particular de Alphonse Bertillon, quien en la década de 1880, culminó

¹⁹ **Lombroso, Cesare**, *L'Uomo delinquente*, Torino, Fratell Bocca Editori., 1894

²⁰ **Caimari, Lila**, “La antropología criminal y la recepción de Lombroso en América Latina” en *Cesare Lombroso cento anni doppo*, Torino, UTET, 2009, pp.. 233-271.

el proceso de ajuste de los marcos jurídicos, médicos y antropológicos que permitieran organizar un registro normalizado de individuos ingresado a la práctica policial, utilizando a la fotografía como herramienta. Mientras que, Allan Sekula interpretó el archivo como el artefacto central del sistema de “inteligencia” burocrático, estadístico y administrativo, tal como fuera empleado por la policía desde fines del siglo XIX, y dentro del cual las fotos fueron sólo una parte, acompañada siempre por cuadros y descripciones que las precisaban. Cerrando el círculo luego A. Bertillon, dotando a la identificación policial de un carácter científico, operando no sólo con la antropometría sino por medio de la estandarización de la práctica fotográfica, uniformada en tomas de frente y de perfil, que debían reemplazar las fallas de los sistemas de registro hasta entonces utilizados.

En la Argentina desde 1880 el Departamento General de Policía contó con un taller fotográfico que posibilitó la publicación de las primeras *Galerías de Ladrones*²¹. Posteriormente, en 1889 comenzó a funcionar la Oficina de Identificación Antropométrica de la Policía de la Capital, que implementó el sistema de mediciones y fotografías de A. Bertillon. A esa transposición de influencias que se nutre en distintas escuelas, se sumó el aporte original de los expertos locales como José Ingenieros, que aconsejaba agregar a la observación biológica la de los rasgos psiquiátricos y psicológicos de los penados— pero sin discutir la criticada primacía de C. Lombroso, que dotaba a esas iniciativas de legitimidad científica. Y eso fue creando un campo de intersección entre el tratamiento del delito, la pobreza y la locura como si fueran una misma cosa, de asociación entre higienismo, psicología, psiquiatría, medicina legal y alienismo. Como se comprueba en el hecho que todos los directores del servicio penitenciario de alto rango, como el propio Ingenieros, eran médicos psiquiatras y antes de pasar a ocupar cargos en el sistema penal —otra analogía con C. Lombroso— los habían desempeñado antes en diversos manicomios. Sin ir más lejos, su decisión de crear el Instituto de Criminología dentro de la Penitenciaría Nacional, está teñida por las huellas de ese encuentro. Las mismas pueden reconocerse en los “Boletines Médicos- Psicológicos” que, desde 1907, constituyen un corpus de historias criminológicas, realizadas por los profesionales médicos de los penales en colaboración con los reclusos, y que estaban destinadas a generar información lo mismo para fundamentar decisiones

²¹ **García Ferrari, Mercedes** (2008), “El único hilo para guiarse en el laberinto del bajo fondo. Fotografía de identificación en la década de 1880” *en* www.crimenysociedad.com.ar/files/submenu7-item2.htm.

judiciales y/o penales que para generar acciones concretas sobre la vida futura de los prisioneros²². Y en donde, sin descartar los factores biológicos, se agregan cada vez más páginas que para indagar la conducta de los penados, su vida familiar, sus relaciones, su forma de conducirse para con el trabajo. Las limitaciones del giro psicoanalítico, sin embargo, ya han sido apuntadas ya por Mariano Plotkin, cuando señala la escasa penetración de Sigmund Freud en las Facultades de la Universidad de Buenos Aires, particularmente en medicina, donde es posible encontrar por oposición un marcado sesgo fisiológico y clínico junto con un interés incipiente por la psicología experimental²³.

Conviene señalar sin embargo que, ninguna de esas teorías y de esa necesidad por corporizar el delito, hubiese tenido el eco que tuvo de no corresponderse con muchas de las necesidades del naciente estado argentino. Un estado desbordado por las consecuencias no queridas de un proceso que él mismo había promovido, como la inmigración. El descontrolado crecimiento de las ciudades, en especial Buenos Aires, hacía presentes escenas que hubieran deseado no ocurrieran o por lo menos tuvieran menos visibilidad que tenían. La sola idea de miles de desocupados permanentes o temporales, que sobrevivían con empleos de ocasión como jornaleros, si bien era funcional a las necesidades estacionales de las actividades agro-pecuarias con las que la Argentina se había integrado como productor de materia prima en el sistema capitalista²⁴, dejaba un saldo de marginados, de personas hurgando en la basura, de mendigos, alcoholizados, pinguistas, ladrones y criminales, no siempre fáciles de digerir para una sociedad que se enorgullecía de su modernidad y progreso. Fue en ese Estado ávido de soluciones donde ideas como esas –aún las políticamente incorrectas pero prácticas como las C. Lombroso- encontraron el ambiente para plasmarse en la práctica, haciéndose carne incluso en el sentido común de una gente que, a través de diarios y revistas, adquirieron el malsano hábito de seguir como público las historias del bajo mundo y de reconocimiento de quienes las protagonizaban. Fue en ese terreno fértil, en definitiva, de pobres caídos en la miseria, locos, beodos y

²² **Caimari, Lila** (2004), *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*, Bs As: Siglo XXI-Argentina.

²³ **Plotkin, Mariano** (1996/1997), “Freud en la Universidad de Buenos Aires. Desde las primeras etapas hasta la creación de la carrera de Psicología” en *EIAL, Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina y el Caribe*, vol 7, n 1.

²⁴ **Sábato, Hilda y Romero, Luis Alberto** (1992), *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana.

delinquentes, donde se volverían a encontrar criminólogos y alienistas, además de las agencias y agenda del estado argentino que todos recorrían con frecuencia. .

Recompecebezas para armar: historias clínicas, testimonios mentales y fotografías.

Llegados a este punto se comprenderá que el formidable esfuerzo individualizador y medicalizado puesto en marcha a través del uso de la fotografía, y que comprende no solamente a la penitenciaría, sino también a los manicomios, a instituciones como los asilos de pobres²⁵, los patronatos de la infancia, los hospitales y las escuelas, además de las cátedras de derecho, la policía y la justicia, en tanto espacios privilegiados de observación y puesta en práctica de las nuevas ideas, que pueden cimentar la hipótesis de la emergencia de un estado “médico-legal” destinado a controlar a los sectores subalternos de la sociedad²⁶, a cuya lógica no escapa la Colonia Nacional de Alienados de Open Door. Todo lo contrario, sus registros nos permiten trazar un perfil exacto del interno, que por lo general se componía de hombres jóvenes, solteros, la enorme mayoría jornaleros –esos desquiciados sin remedio según las palabras de Lucio Meléndez- y del mismo modo extranjeros (entre el 60 y el 75 por ciento según las épocas). Una caracterización idéntica a la que surge de los “Boletines Médicos- Psicológicos” de la Penitenciaría Nacional. Por otra parte, cuando hablamos de población inmigrante, para que quede claro además de su elevada proporción, nos referimos como es previsible mayoritariamente a italianos y españoles pero también a griegos, búlgaros, turcos, árabes, armenios, rusos, ucranianos, alemanes del Volga, lituanos, suecos, daneses, polacos, alemanes, luxemburgueses, checoslovacos, yugoslavos, austriacos, húngaros, serbios, montenegrinos, rumanos, macedonios, albaneses, judíos, sirios, libaneses maronitas, estadounidenses y hasta japoneses, además de uruguayos, paraguayos, brasileños, bolivianos, chilenos, peruanos y de otras nacionalidades latinoamericanas, según registros de la Colonia. Variedad de orígenes que anticipa lo que anticipan los “Informes Psicológicos” o de “Anamnesia”, cuestionarios levantados apenas ingresan (en el Hospicio de las Mercedes desde donde eran derivados a Open Door) y que son parte del “Boletín Civil” de cada interno: se trata

²⁵ **Moreno, José Luis**, *Un Asilo para los pobres. Los mendigos y sus historias de vida en el Buenos Aires del Siglo XIX*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012.

²⁶ **Salvatore, Ricardo**, “Sobre el surgimiento del estado médico legal en Argentina (1880-1940)” en *Estudios Sociales*, año XI, n 6, 2001, pp.81-114.

de personas generalmente sin familia en Argentina, abandonados a su suerte, sin quien los ayude o los asista. ¿Quién era el encargado de internarlos?. Si se trataba de parientes son sus madres, sus hijos o sobre todo sus hermanos. Pero cuando ese grupo de contención no existe el agente privilegiado de internación es, en la gran mayoría de los casos, la policía; cuando no era el juzgado interviniente en casos de abandono, la “asistencia pública”, los hospitales generales y la penitenciaría. Lo que ratifica la estrecha colaboración existente entre todas las agencias del “estado médico- legal” de principios de siglo XX. Pero sobre todo la íntima ligazón que une a la Colonia con la omnipresente policía, confirmando la asociación existente entre psiquiatría y criminología, particularmente lombrosiana.

Las huellas de esa asociación puede rastrearse, entre diversidad de ecos, en la documentación producida por la Colonia de Alienados. Los Libros de Historias Clínicas, grandes biblioratos de 50 por 28 cm, perfectamente encuadernados, con una historia de dos páginas por paciente que, en su página impar, o sea la primera que vemos cuando se pasa hoja en hoja, de historia en historia, contiene fotografías de todos ellos, aproximadamente de 9,50 por 6,50 cm, al entrar y salir de la entidad. Aunque, por lo general, sólo se encuentra la primera, señal que muchos, más allá de las promesas iniciales, jamás egresaron del manicomio. Son reproducciones frontales de medio cuerpo, asimilables a las de las “Galerías de Ladrones”, que no habían incorporado todavía el característico frente/perfil adoptado a medida que el método se perfeccionaba. Montadas sobre fondo uniforme, claro u oscuro, en ningún lugar (aunque a veces se sacan en los jardines de la entidad), en todos esos retratos subyace la idea de que se trata de individuos comparables, mensurables, coleccionables, cuantificables, privados de su humanidad y sin derechos sobre la propia imagen, que pasa a ser propiedad de otros (los especialistas médicos que las cotejan o los legos que pueden comprobar en ellas las teorías sobre las que se apoyan los primeros). La vestimenta no es un dato menor en la composición de las fotos. Pocas veces posan con sus ropas, en la mayoría de los casos lo hacen con la indumentaria gris de los internos. Lo que sumado al corte ralo de pelo, señal inequívoca de su reclusión, más la barba descuidada de unos días, todo acentúa la impresión que nos encontramos ante enfermos. El contrapunto más evidente es cuando al lado de esas figuraciones alguna que otra vez encontramos las otras, las que anticipan su salida adonde, a veces en verdaderas operaciones de montaje, encontramos individuos bien vestidos, aseados, peinados y presentados, con ropa de calle,

como representación del tránsito entre un antes y un después, que subraya el papel mediador de la Colonia. No obstante, una correcta lectura iconográfica, no se conformaría con la descripción de las imágenes y sus significados, muchas veces impresos en el enfoque y composición de las representaciones. Trataría, por el contrario, de decir algo sobre los agentes productores de las fotografías²⁷, aunque no es mucho, por desgracia, lo que podemos decir, más allá que hay indicios que. Cabred no improvisaba. En 1896, desde Europa, impulsó al Decano de la Facultad de Medicina, Leopoldo Montes de Oca, a crear un Instituto de Psiquiatría dentro de la Facultad, que debía funcionar en el Hospicio de las Mercedes, a imitación del de Giessen, Alemania, y en donde se formaría la mayoría de aquellos que lo habrían de acompañar como personal médico en sus asilos, pero que para su correcto funcionamiento debía contar con secciones específicas de psiquiatría experimental, bioquímica, **de fotografía...**²⁸. No extrañará entonces si decimos que en la Colonia Nacional de Alienados instaló un estudio de fotografía, que funcionó probablemente como “taller” para el entrenamiento de pacientes interesados, aquellos “locos fotógrafos” que persiguieron a sol y sombra en 1910 a George Clemenceau, retratando cada paso de su visita... Por eso creemos que las fotografías de las Historias Cínicas y otros registros no son para nada fruto de la improvisación, sino el producto estereotipado de un modelo profesional. ¿Generadas por quién?. Lo ignoramos, aunque intuimos que pudo ser un fotógrafo o estudio profesional relacionado con la Penitenciaría o ámbitos jurídico-penales, con los que D. Cabred mantenía fluidos contactos²⁹

Por otra parte, acompañando a esas fotografías encontramos las puntillosas grillas de datos, que delatan la obsesión taxonómica de los alienistas, con espacios dedicados a describir los condicionamientos físicos y psicológicos que por naturaleza delataban su locura. Destaca la columna “Estado Actual” subdividida en “Somático” y “Psíquico”. El primer registro, en clara clave lombrossiana, atiende a la “Craneología”, los “Estigmas”

²⁷ **P. Burke**, op cit, p. 50.

²⁸ **M. Malamud**, op cit, p. 32.

²⁹ Una parte importante de su actividad profesional, además de la presidencia de la Comisión Asesora de Asilos y Hospitales Regionales, era la producción de peritajes sobre casos a pedido de la Justicia, el más célebre de los cuales fue aquel que se centró en la figura de Cayetano Santos Godino (El Petiso Orejudo). Cfr. de **Bruno, Antonio Horacio y Tórtora, Guillermo José**, “Las psicopatías. Su revisión conceptual. Implicaciones Psiquiátricas Forenses. Actualización del Caso Santos Godino” en *Revista de psiquiatría forense, sexología y praxis* (Versión electrónica) Año 3 – Volumen 2 – Nº 4 - Mayo, 1996 en http://www.aap.org.ar/sites/default/files/revista_forense_4.pdf

físicos”, traumatismos, lengua, paladar, piel, apetito, tubo digestivo, vísceras, orina, corazón, pulso, pulmones, ojos y pupilas, sensibilidad general y especial, otras sensibilidades, temblores, marcha, reflejos, peso y altura. A esos datos se agregan otros abajo, atento a las correcciones psicológicas introducidas por J. Ingenieros, que apuntan a la articulación de palabras, al modo de responder, a la atención, la memoria reciente y remota, el nivel de coherencia, si tiene o no alucinaciones, ilusiones, concepciones delirantes, delirios de grandeza, persecuciones y sospechas, el grado de excitación, de depresión, ideas hipocondríacas, de envenenamiento, auto- culposas, impulsos y tendencias suicidas, homicidas o eróticas. Si bien la apertura al giro psiquiátrico existe, muchas de las variables apuntadas dependen de factores físicos y la enumeración de indicadores es bastante más sintética que los cuestionarios de los “Boletines Médicos- Psicológicos” de la Penitenciaría. Asimismo, la preeminencia de elementos físico- hereditarios, se confirma en la columna “Antecedentes hereditarios”, donde se dividen en antecedentes individuales y familiares de alienación, neurosis, de consanguineidad, tuberculosis, alcoholismo, diabetes, otras enfermedades y antecedentes criminales. La enunciación de este último factor denuncia otra vez la influencia de C. Lombroso y su teoría del “loco delincuente”. Muy propia de Domingo Cabred, en cambio, es su obsesión por el alcoholismo, que fuera considerado impropio de los alienistas por Lucio Meléndez y concerniente a la órbita de los higienistas. Esa preocupación constante, fue ridiculizada en *Caras y Caretas*, donde se lo ve brindando de pie, elevando un bastón con la mano izquierda coronado por la cabeza de un arlequín (epítome de la locura), mientras en el piso detrás de él hay una calavera y en su mano derecha extendida una copa que tiene enroscada una serpiente, pudiéndose leer al pie:

*Mostró con estudios y vistas
que el alcohol cien peligros entraña
y probó que á un sin de alcoholistas
la locura les pesca con caña³⁰.*

Tal era su obstinación que, además de diagnósticos como “locura alcohólica” o “delirio de persecución subagudo de origen alcohólico” entre otros, el alcoholismo reaparece entre los mencionados antecedentes hereditarios pero también en los individuales, e incluso

³⁰ Dibujo publicado en revista **Caras y Caretas**, Año V, N° 198, Julio 19, 1902, como parte de la colección “*Caricaturas Contemporáneas*”.

como “Causa de Alienación”, ya sea como “Determinante” o “Predisponente”. Semejante desvelo abreva en diversas fuentes, como la reiterada influencia lombrosiana (recordemos que para C. Lombroso el alcoholismo es uno de los rasgos del “delincuente moral” y otros subtipos), en Benedict Morel, pero con mayor probabilidad por el ascendiente de sus colegas y maestros higienistas. Su preocupación por los bebedores se cruza con la de los vagabundos, abandonados y la delincuencia precoz, proponiendo al ejecutivo nacional desde la Comisión de Asilos la creación de establecimientos para atender todos esos problemas, de manera fallida en el caso de los alcohólicos, transitoria en el caso de los Asilos Nocturnos para los vagos (en las cercanías del puerto) y con un principio de realización para los demás, en el Reformatorio de Menores abandonados y Delincuentes Juveniles. Como su maestro L. Meléndez asociaba inmigración, pobreza y delincuencia, agregando él el alcoholismo. Sea como fuere, lo cierto es que quizá en este sector resida el único segmento móvil de la población de internos, que entra y sale o logra el alta efectiva, junto a los que padecen “demencia precoz” y los transferidos, otorgándole cierta verosimilitud estadística a la de percepción de un hospital de puertas abiertas.

Semejante construcción, por lo demás, se despliega sobre una variedad de concepciones que se mezcla la mayoría de las veces armónicamente, pero que no por eso deja de producir tensiones en la forma de diagnosticar en los médicos según acentos. Los de orientación “lombrosiana”, más fisonomistas, llenan todos los cuadros, no sólo los de datos personales sino también y especialmente los de “Causas de Alienación”, “Antecedentes” hereditarios e individuales y “Estado Actual”, “Craneología” y “Estigmas”, echando mano a un inventario de nociones y al “idioma” del criminólogo italiano, que los hace hablar de seres “atávicos”, primitivos y degenerados, confiando firmemente en el juicio propio y sin apelar a otros factores subjetivos y externos, por lo que casi no contienen “Testimonios Mentales” de los pacientes. Por oposición a ellos, los Libros de Historias Clínicas a cargo de médicos de orientación más sociológica y psicológica, casi no usan los casilleros más antropológicamente descriptivos, salvo los que definen altura y peso. Confían más en los interrogatorios e incluyen más sistemáticamente a los “Testimonios Mentales”, excepcional documento redactado en base a cuestionarios previos de puño y letra por los internos y que, como hemos argumentado en otros trabajos, buscando pruebas de su demencia, sin quererlo

les otorga la impensada posibilidad de defenderse³¹, declarando muchos “*no estar locos*”, “*jamás haber sido alienados*” e incluso “*estar presos*” o “*en la penitenciaría*”. Y hasta podemos distinguir un tercer sector, los que confían en su experiencia, en el saber etnográfico no teórico si no práctico que han reunido en el contacto directo con *los locos* o usan todo el arsenal de recursos que les brindan las Historias.

Esas tensiones, por supuesto rara vez trascienden en la imagen que de sí proyecta la Colonia, en las que las fotografías tienen un papel central, como muy agudamente observó George Clemenceau en su visita del Centenario:

*“Nuestra visita a Open Door no duro menos que un día entero y ciertamente no lo hemos visto todo. Desde el primer minuto estuvimos acompañados por un loco fotógrafo que no cesó de tomar clisés a su conveniencia, y aún nos amonestó severamente hacia el fin del almuerzo cuando pudo creer que nos levantaríamos de la mesa sin haber consentido servir de modelo”*³²

De ese vasto repertorio de imágenes, algunas conservadas en el Museo y Archivo de la Colonia, destacan las que ponen el acento en la monumentalidad de la obra emprendida, los pabellones de estilo suizo-francés con paredes y tejados a medio hacer, el bucólico paisaje de la campiña arada, los amplísimos gallineros, el chiquero, el trabajo en los pajonales, los tambos, los bueyes en tránsito, el vivero, el apiario, la recolección de zapallos. De este último tema hay dos variaciones: en una, los hombres cargan sobre sus hombros los enormes frutos de su trabajo para depositarlos al pie de la fotografía. Pero en la segunda, menos casual y más posada, dos o tres los alienados reposan sentados entre las plantas, los ojos fijos en la lente y vigilados por un guardia, exhibiendo las primicias de la labor desarrollada, en una pintura laudatoria del método de laborterapia implementado. Del mismo tenor, hasta con parecida pose, son las imágenes de los talleres, de carpintería, de fabricación de ladrillos, tejas y mosaicos, de la construcción, de escobas, herrería, mueblería, de costura y zapatería, los lavaderos y la cocina. No menos atención merecen

³¹ **Marquiegui, Dedier Norberto** (2012), “*Inmigración y control social. Nuevas perspectivas de análisis de los procesos de integración y represión del “fracaso” a partir de los Libros de Historias Clínicas de la Colonia Nacional de Alienados “Dr: Domingo Cabred” (Argentina a principios del siglo XX)*” en *Studi Emigrazione An International Journal of Migration Studies*, vol. 188, pp.613-629.

³² **Fernández, Josefina, Niedemaier, Alejandra y Sznaider, Beatriz** (2012), *Imágenes de la Nación: fotografía, límites morales y Celebración*. Bs. As, Teseo- Biblioteca Nacional.

las representaciones dedicadas al aspecto recreativo: los hermosos parques y jardines, diseñados por Carlos Thays, con fuentes, estatuas y pérgolas, como el llamado quiosco de la banda, que tocaba también fuera de ella, el estanque de los patos, poblado de cisnes, con un pequeño lago artificial y una isla a la que se accedía por un pueclamante, la cancha de bochas. Y las fotografías protocolares, como las sacadas en 1910 durante la visita del ministro de Salud de la Nación Genaro Sisto, donde se observa a D. Cabred cumplir las funciones del perfecto anfitrión, desde la recepción en la estación del ornamentado tren, adonde G. Clemenceau recuerda que a su arribo ese año la banda ejecutó el himno nacional y la marsellesa, guiando su paso por las dependencias, hasta el obligado banquete con todos posando para las cámaras y la despedida en el andén. Casi un mundo aparte, una sociedad dentro de otra, un pueblo entre los demás. Pero los amplios campos alambrados en lugar de concitar a la adhesión a ese estilo de vida, provocaban fugas en cantidad, otra de las formas de alcanzar la libertad prometida.

Cómo conciliar esos extremos?. No parece difícil entender que esa desenvoltura no es libertad verdadera. Ni aún para los que salen con permiso para hacer trabajos afuera, pero que deben volver al atardecer al establecimiento. Y otra vez las fotografías son el mejor vehículo para captar esa duplicidad encubierta. Porque, aparte de los Libros de Historias Clínicas, hay otros que nos permiten comprobar ese proceso de cosificación de los pacientes, devenidos en objetos de estudio, coleccionables, cuantificables, comparables. No hay otra forma de entender a esos dos enormes libros, con fotografías, solo fotografías de los pacientes. El primero, perfectamente encuadernado y rotulado en su tapa “Colonia Nacional de Alienados. Álbum de Retratos”, un título después precisado en su primera página por la letra y firma de D. Cabred, como “Retratos de Alienados enviados del Hospicio de las Mercedes a la Colonia Nacional de Alienados”, de 70 páginas a razón de 9 imágenes por página o sea un total de 630 retratos enmarcados en filigranas doradas. El segundo, que cubre el período 1901-1915, de 240 folios, que contienen 2880 fotografías de los internos, cada uno. con su nombre y fecha de ingreso, de 9,50 por 6,50 cm, a razón de 12 por página, lo que hace un total de 2880 fotos (3510 en los dos libros). La mayoría de medio cuerpo sobre fondo homogéneo, idénticas a las de los libros de Historias Clínicas y que pudieran ser pensadas como copias de ellas. Una impresión que pronto se difuma al observar la diversidad de representaciones que comprende pero que, cuando cubren el

estándar fotográfico apuntado, acentúa la intención de compararlos, por una disposición que agiganta la visibilidad de sus estigmas. Finalidad que podría creerse extraviada en otras tomas, como aquellas ovales, que mucho se parecen a las sacadas en Servolo, el histórico manicomio de Venecia, o en otras de cuerpo entero, la mayoría sentados o parados, con ropas propias o uniformados, con pipas, de saco y corbata, con sombreros, boinas, gorras y ponchos, con pelo y crecida barba, con ropas étnicas o cubiertos por frazadas (que a veces cubrían correas y mecanismos de sujeción forzosa), muchos niños, además de uno desnudo. En ellas, se tiene que prestar atención a la posición del cuerpo, cómo se sentaban o que hacían con sus manos. En más de un caso además tuvieron que ser compelidos a posar con violencia, pudiéndose ver las manos y brazos de los guardianes o policías que los retienen.. En un par de tomas, finalmente, pero muy significativas, aparecen con los brazos extendidos, muñecas arriba, como ofreciéndose a ser esposados. Como recordatorio quizá de los aspectos menos visibles del funcionamiento de una entidad que se ve como la encarnación de la instalación en el país de la modernidad médica, pero que son parte de su esencia.